

NECESIDAD DE LA INSTRUCCION SOBRE LA CULTURA POPULAR

PODEMOS considerar cinco los pilares que sirven de base al desarrollo de la cultura popular: la salud, el alojamiento, el trabajo y la instrucción. La falta de cualquiera de uno de ellos hará bambolear la arquitectura existencial del ser humano. Si se tiene hambre, si se está enfermo, si se permanece a la intemperie o se carece de empleo o de conocimiento, el hombre deja en ese instante mismo de ser dueño de sí para hacerse esclavo de su necesidad. Se le imposibilita de cualquier otro pensamiento o de cualquier otra actividad que no sea la de dar completa satisfacción al motivo de su opresión.

Los cuatro primeros son bienes materiales, físicos, tangibles. El quinto y último pudiera parecer que se trata de un valor puramente moral y que, por tanto, no influye de forma vital sobre las exigencias apremiantes del hombre. De hecho, se le estima como un refinamiento, como un artículo de lujo, al que sólo deben tener acceso un grupo reducido de privilegiados.

Tal apreciación no deja de ser un error tremendo, puesto que, en el aspecto más generalizado, la instrucción no es sino un propósito de transformar un objeto de conocimiento, en un objeto real y sensible. Así, la F. A. O. expone en su segunda información mundial sobre la alimentación: «Se ha hecho más y más evidente que los programas de desarrollo, las reformas agrarias, las escuelas de formación profesional, cooperativas agrícolas y otras asociaciones, no constituyen más que un marco para el desarrollo de la producción. Estas medidas no pueden producir su efecto en tanto que los agricultores, que constituyen la última pieza responsable de la producción alimenticia, no estén convencidos por demostraciones prácticas del valor de las técnicas modernas, adaptadas a las condiciones particulares de la explotación. Es necesario dar un enorme impulso al trabajo de vulgarización y de enseñanza para que los conocimientos actuales puedan suplantar las tradiciones profundamente enraizadas, los prejuicios y la desconfianza de los agricultores, para los cuales los métodos no han, frecuentemente, evolucionado en varios siglos.» (Roma, marzo 1953.)

Si a esto añadimos la definición dada por un conocido sociólogo sobre la educación, «la acción ejercida por las generaciones adultas so-

bre las que no están aún maduras para la vida social, que tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño un cierto número de estados físicos, intelectuales y morales que reclaman de él la sociedad política en su conjunto, y el medio especial al que está particularmente destinado», nos encontramos, pues, con que la instrucción no es solamente



un imperativo de derecho divino, al desarrollar y aprovechar al máximo las facultades por Dios otorgadas, sino también de derecho humano y social, puesto que, por ella, el hombre, al mismo tiempo que incrementa sus posibilidades económicas y materiales, lo hace sobre el resto de la sociedad en que vive.

Pero el saber, cuando se mantiene en planos no muy elevados, puede ser, también, ocasión de privación de la libertad al ser coaccionado sistemáticamente por «la propaganda», que es la manifestación externa más acusada de los regímenes totalitarios. «La propaganda», auténtico lavado de cerebro masivo, anula el discernimiento de una colectividad de escasa formación. Es, por ello, que este mal tan generalizado, se manifieste en aquellas áreas geográficas donde se enseña o se enseñorea la ignorancia. Y cuando se habla de totalitarismo, no se puede dejar demasiado atrás a

los colonialismos, más o menos en declive. Los cuadros sobre analfabetismos que a continuación se exponen no pueden ser más expresivos:

Africa	80 %	de los habitantes
América del N.	12 %	»
América del S.	45 %	»
España	14,00 %	»
Asia	70 %	»
Europa	7 %	»
Oceania	12 %	»

REPARTICION POR PAISES

Dinamarca y Suecia	0 %	de los habitantes
Francia	3,30 %	»
Italia	14,00 %	»
España	12,00 %	»
Brasil	51,40 %	»
Egipto	74,50 %	»
India	82,10 %	»
Argelia (población musulmana)	94,00 %	»
Argelia (población europea)	4,50 %	»

El caso de Argelia apenas merece comentario. Es indudable que, en determinadas circunstancias políticas, la ignorancia del pueblo resulta altamente beneficiosa.

La división del trabajo supone en nuestros días un gran peligro para la instrucción, al reducir los conocimientos a una materia concreta, motivo de especialización. Así han surgido un interminable número de técnicos de formación exageradamente específica, que progresivamente se irá reduciendo en las próximas décadas. Al experto en sonidos —como señalaba el Abba Pierre— sucederá el experto en sonidos graves y en sonidos agudos. Por lo que, si al margen de los conocimientos técnicos no se establece una divulgación de tipo humanístico, el ser humano está amenazado, tras la desintegración de la materia, a su propia desintegración:

GUILLERMO DIEZ

EL concepto «cultura popular» es, por lo menos bastante equívoco o quizás abstracto y puede encubrir todo un cúmulo de realidades desde las más positivas a las puramente negativas. En sociedades como la nuestra, en que se tiene de la cultura un concepto aristocrático, no hay que decir que la frase «cultura popular» evoca algo así como los deseos de la cultura, su bazofia: el cine estúpido, el pseudofolklore, los novelones sangrientos, los periódicos truculentos, la página de «sucesos» de los demás periódicos, las noticias simples y elementos «cetera». Sin embargo hay que poner las cosas en su punto: la cultura es una e indivisible y no hay cultura popular y cultura aristocrática. Otra cosa es que dentro de la cultura existan grados, progreso, alturas más o menos difíciles de conquistar; y en otro sentido, también puede hablarse de «cultura popular», refiriéndose al acervo cultural de las clases menos privilegiadas, que, desde tiempo inmemorial han conservado unas convicciones, unos métodos de pensar y juzgar y unas categorías morales muy peculiares y enteramente diferentes de las demás clases sociales cuya cultura ha sido siempre más libérrima o convencional y menos vital. Esta cultura popular ha sido en España, por ejemplo, bastante superior a la cultura de las restantes clases, como en general el hombre del pueblo ha sido éticamente muy superior al

de otras clases sociales, como han comprobado desde Antonio Machado hasta muchos otros de los historiadores - sociólogos, españoles o no, que conocen bien el alma popular.

Una vez oí a un hispanista francés decir que, al fin y al cabo, no le maravillaba demasiado el que no hubiera mucho consumo de libros en nuestro país, porque, a su juicio, hablar con un español era abrir un libro y un libro lleno de sabiduría. Esto, evidentemente, es caricaturizar un poco las cosas y el mencionado hispanista deseaba que entre nosotros fuese cada día mayor el consumo de libros, pero lo que quería dar a entender es que, efectivamente, el hombre del pueblo en España resulta con frecuencia un hombre muy interesante. No porque sentencie de lo que no sabe para proclamar huecas ingenuidades, como el Séneca del señor Pemán, sino porque es fiel trasunto de unos valores éticos verdaderamente superiores.

No sé quién ha dicho que el refranero es la filosofía popular, sólo sé que ha dicho una tontería y el sentido despreciativo de esa aserción se ha vuelto contra su autor, que no ha comprendido nada. El pueblo no es filosófico en el sentido moral, sentencioso y superficial de la palabra, sino en un sentido más profundo, porque es profundamente analítico y crítico y sumamente escéptico. Desde luego no tiene nada que ver con Séneca, que era un millonario que hacía sus frascadas estoicas sobre las espaldas de sus esclavos. Pero ya que ha salido a cuento el refranero, tenemos que decir de él que es algo sumamente complejo, agudo y delicado y no lo que piensan de él los exquisitos. Los refranes más conocidos son, por lo demás, los menos auténticos y los más recientes, nacidos en

bocas escasamente populares, mientras el refranero medieval, que todavía se repite en las últimas aldeas, es un verdadero tesoro intelectual y poético, fruto de una fuerza creadora y analítica verdaderamente poderosa. Cuando los tratadistas eruditos, los teólogos y las clases cultas se dedicaban, por ejemplo, en plena Edad Media, a discutir la conveniencia o el al-



cance del espíritu de probreza que tanto preocupó en aquel tiempo, el pueblo intuyó la realidad de golpe y comenzó a decir: «Solo cuando hay «satis» se acuerda el fraile de «paupertatis», o sea, que esas discusiones en torno a la pobreza eran fruto de la abundancia; y esta frase popular nos dice más sobre la realidad histórica de la época y de la psicología de sus protagonistas que todas las eruditas discusiones, porque la sabiduría del pueblo —que en este caso era la única auténtica sabiduría, porque tampoco hay dos clases de sabiduría— no se dejaba engañar por las argucias y los silogismos de quienes decían ser pobres, por ejemplo, porque, aunque poseían bienes en abundancia, decían que en

realidad no poseían, sino que solamente usaban. La mentalidad científica estaba en este caso en el pueblo.

Pero el desconocimiento de la lógica popular, verdaderamente científica y la manía de «administrar al pueblo subproductos culturales ha hecho que se llame cultura popular a toda una ideología de chusma. Incluso en el plano teológico se ha caído en este error y las explicaciones simples de demostración de la existencia de Dios «porque no hay reloj sin relojero» o como la Causa del mundo tienen hoy la culpa del ateísmo popular en gran parte, porque el pueblo contagiado de mentalidad científica tiene hoy otro muy distinto sentido oscuro de causalidad que el de las gentes de hace solamente cincuenta años y saca unas consecuencias totalmente distintas.

No hay nada peor que lo que se recibe corrompido o semidesmenuado y si la cultura popular consiste en que el pueblo reciba así el acervo cultural los resultados serán para echarse a temblar aparte de que un tal proceder supone un desprecio total del hombre. La educación popular, como toda educación, debe comenzar por ser una educación racional y luego estética hasta donde pueda llegar la inteligencia y la sensibilidad del educando. Machado estimaba que ha-



bia que dar a leer a Platón a las gentes. Las nuevas generaciones de intelectuales o eclesiásticos africanos nos están dando testimonio de cuán nuevas y frescas interpretaciones y creaciones pueden brotar de los hombres que acceden por primera vez a la plenitud de la cultura. Y no hay cultura popular si no se cree que cada hombre puede seguramente dar su personal interpretación de Platón o del techo de la Sixtina que pintó Miguel Ángel. Una escuela que no ayude hasta aquí no es otra cosa que una fábrica de hombres de segunda clase, lo que, sin duda, debe agradar a muchos pseudointelectuales exquisitos que ahora aparecen como dioses, como superhombres, como reyes o tueros en un país de ciegos.

JOSE JIMENEZ LOZANO

EL CABALLO DE TROYA

maquinaria de obras públicas

NUEVA CARGADORA DL 75, CUCHARA 1,1 - 1,5 m³

refrigerado por aire

EXPLANADOR ANGLEDOZER DK 100.

EQUIPO DE TRABAJO: ESCARIFICADOR HIDRAULICO DE DIENTES ANGULARES, FUERZA DE PENETRACION, 17.000 KG.

CAMION "DUMPER"

12 1/2 toneladas de carga útil. - Tres ejes motrices 165 H. P.

DEUTZ

- RAZONES que determinan sus compras y que DEUTZ le brinda.
- Le hacemos la demostración práctica en su propio terreno.
- Almacén de repuestos a su disposición.
- Un Servicio Técnico que ya nuestros clientes conocen.
- Precios que la calidad de la maquinaria amortizan fácilmente.

distribuidor **SOTO** Tudela, 2 VALLADOLID

A vueltas con la productividad

DEFINIR la productividad desde un estricto aspecto económico no es tarea difícil. Pero utilizar el concepto «productividad» nos está resultando una desconcertante caja de sorpresas. En la fiebre de industrialización que —hasta ahora teóricamente— sacude al país, este sustantivo se baraja con un oportunismo que sorprenderá a los ingenios. En algunos medios se entiende por productividad el mayor rendimiento personal del sector obrero y, aunque este rendimiento forma parte de la teoría, no completa por sí solo la amplitud de la palabra productividad.

Parece ser que los índices de producción industrial no avanzan todo lo satisfactoriamente que se deseara. El índice general (referido desde 1962 a 1963) señala un aumento del 7,8 por 100, de indudable modestia si tenemos en cuenta el impulso que se pretende. Incluso hay capítulos, como para las industrias extractivas, en los que se ha operado alguna regresión entre año y año. En otros, como en lo textil, apenas hay mejora, puesto que no supera el 0,4 por 100. Bien es cierto que hay ganancias más esperanzadoras, tal como ocurre en transformados metálicos (12,6 por 100) y en industrias químicas y derivados del petróleo y carbón, con 11,4 por 100. A través de estos índices se quiere deducir que los incrementos salariales no se corresponden con igual aumento de productividad, afectando al margen de beneficios y a la capacidad inversora de las empresas.

Está claro que en un ortodoxo juego económico así sucede. A mayor productividad, mayores beneficios. Y para repartir, hay que producir primero. Veamos, sin embargo, la práctica real de cada día. Los cacareados aumentos de salarios y sueldos no se conjugan, desgraciadamente, muchas veces con la productividad. Viene siendo casi normal que las subidas de salarios sean siempre una consecuencia, no un efecto. Es decir, se aumentan los salarios cuando el nivel de los precios ha disminuido el poder adquisitivo de los mismos. Si la inflación se produce, está ya en marcha antes de estos incrementos salariales. Lo único que harán éstos es forzar la espiral inflacionista, pero no crearla. Y, a la postre, de una expansión de precios se beneficiará en mayor grado el productor o distribuidor de bienes de consumo que quien, ajeno a la política económica, ve mermados sus ingresos diariamente por el funesto alza del coste de la vida.

Decir que durante el pasado año la productividad ha aumentado sólo un 7 por 100, en

tanto que los salarios han montado un 30 por 100, es un argumento de escasa solidez en líneas generales. Hay otro punto importante, y es el de las condiciones de trabajo. La productividad precisa de una mecanización. Si la misma no se produce —por las causas que son— el responsable no es el asalariado. Parece ser que el operario español que trabaja en Alemania, o en otros países de

Europa, rinde al tope de rentabilidad. ¿Habrá que añadir que el mismo trabaja en un alto grado de mecanización? Puede darse, y ello se produce sin duda en España, un más bajo rendimiento de la mano de obra «per se», debido a cierta propensión, menos generalizada de lo que se nos quiere hacer creer, a evitar el desgaste físico, a pereza, abulia o escasa (Sigue en novena plana.)

EL FRIGORIFICO SIN PROBLEMAS

ODAG

es INCOMPARABLE

Si usted desea un frigorífico mejor acabado, con una distribución interior racional y cómoda, un lujo y una presentación nunca vistos en España, con detalles ultramodernos que otros fabricados presentarán únicamente en futuras temporadas, en fin, un frigorífico sin la menor preocupación y que no envejece durante muchos años, Vea los modelos que presentamos esta temporada

Siete maravillosos modelos cuya única diferencia es su capacidad

mod. 70 4.999' - mod. 90 6.686' - mod. 140 7.999' - mod. 180 13.887' - mod. 228 15.798' - mod. 255 18.274' - mod. 395 22.992' - imptos. incluidos

PREGUNTE A QUIEN TENGA ODAG